

El ciego de los bastones ante el ciego de Molyneux: el racionalismo puesto a prueba por el empirismo

Marion Chottin

Universidad de París 1 Panthéon–Sorbonne

Traducción del francés de Lucrecia Orensanz

Si bien el ciego es una "figura paradójica" de la época clásica y del siglo de las Luces, sin duda lo es en mayor grado en el terreno de la teoría del conocimiento.¹ Sólo faltaba que el filósofo le cediera la palabra al ciego para que éste le enseñara qué es la visión, por considerar que ve mejor que el común de los mortales, que ve algo más que simples sombras en el fondo de la ca-

Chottin, Marion, "El ciego de los bastones ante el ciego de Molyneux: el racionalismo puesto a prueba por el empirismo", en *Diecisiete*, año 1, número 1, 2011, pp. 75-99.

76 verna. René Descartes fue el primero que osó hacerlo,² en su *Dioptrique* [Dióptrica] de 1637, obra en la que introduce el personaje del ciego de los bastones para apoyar su teoría sobre la visión. ¿De qué manera la ceguera física puede ayudar al filósofo a pensar la percepción visual? Ésta es la primer pregunta que intentaré responder aquí.

Hacia finales del siglo XVII, el ciego de los bastones de Descartes era conocido en todo el mundo ilustrado y prácticamente no había encontrado rivales. Hasta donde sabemos,³ después de la aparición de la *Dioptrique*, sólo François de La Mothe Le Vayer recurrió al personaje del ciego para cuestionar la capacidad de la ceguera física para revelar la naturaleza de la visión.⁴ Las cosas se precipitan en 1693, cuando aparece otro personaje, esta vez concebido por un pensador irlandés llamado William Molyneux: el ciego de nacimiento al que se le devuelve la vista. Esta nueva figura parece venir a cuestionar al ciego de Descartes, porque si bien también pretende emitir un juicio sobre la naturaleza de la visión, para hacerlo exige que el ciego de nacimiento recupere la vista. Ya no se trataría de un uso paradójico de la ceguera, pues esta vez es el ciego que ha dejado de serlo quien debe determinar la esencia de la percepción visual. Entonces, ¿estamos ante una confrontación entre dos figuras, el ciego de los bastones y el ciego de Molyneux, portadoras de concepciones de la percepción definitivamente irreductibles, una "racionalista", herencia de Descartes, y la otra "empirista", generada por John Locke vía Molyneux? o ¿se trata de figuras filosóficamente neutras y susceptibles cada una de interpretaciones divergentes? Ésta es la segunda pregunta que me propongo responder aquí.

La tesis que intentaré establecer será la siguiente: aunque las figuras del ciego de los bastones y el ciego de Molyneux son puestas en movimiento en el marco de teorías de la percepción con orientaciones diferentes –en este caso, el racionalismo y el empirismo–, de modo que no permiten efectuar una distribución de las doctrinas en función del tipo de ciego movilizado, no impiden una caracterización más precisa de estas corrientes de pensamiento que aquella que las resume habitualmente.⁵ Mostraré en primer lugar que, en el momento en que aparecen en la literatura filosófica, el ciego de los bastones y el ciego de Molyneux derivan cada



Figura 1

uno de una orientación teórica determinada, al grado de presentarse como personajes incompatibles e incluso en conflicto uno con el otro. Luego me dedicaré a subrayar cómo este esquema inicial se sustituye muy pronto por un panorama en el que pierde vigencia la división tan clara entre las doctrinas en función del ciego movilizado: el ciego de Molyneux es también una figura del racionalismo clásico, como el ciego de Descartes es una figura de la filosofía "sensualista".

EL RACIONALISMO DEL CIEGO DE LOS BASTONES VERSUS EL EMPIRISMO DEL CIEGO DE MOLYNEUX

La figura del ciego de nacimiento que recupera la vista, inaugurada por Molyneux, se opone en sus inicios a la figura del ciego de los bastones concebida por Descartes: los filósofos llamados "empiristas" de principios del siglo xvii cuestionan la pertinencia de un ciego con bastones manifiestamente racionalista y le oponen un ciego que consideran más idóneo para revelar qué significa ver.

El racionalismo del ciego de los bastones

Este racionalismo se traduce en tres ámbitos distintos: el de la óptica, el de la producción de sensaciones en el alma y el de la percepción visual propiamente dicha.

La figura del ciego de los bastones aparece desde el primer discurso de la *Dioptrique* y le sirve a Descartes para justificar su tesis de una transmisión instantánea de la luz:⁶ así como los bastones que sostiene en la mano, sin importar el largo, le permiten al ciego conocer al instante los movimientos impresos en su extremo opuesto, así la luz se transmite en un instante desde el sol hasta nuestros ojos, aunque para hacerlo tenga que cruzar enormes distancias. Sin embargo, según señala Véronique Le Ru en uno de sus artículos,⁷ lo que importa aquí es la asimilación, efectuada implícitamente por Descartes, de los rayos de luz a líneas geométricas vía la rectitud de los bastones. (Ver la figura 1.) Ciertamente, no se requiere la figura del ciego para comparar los rayos luminosos con líneas rectas, como lo atestigua el hecho de que el geómetra Euclides los comparaba sin recurrir al ciego, pero a Descartes le permite justificar esta comparación en el

marco de la óptica moderna, que ya no considera, como hacía el matemático griego, que los rayos de luz salen del ojo para tocar los objetos: del mismo modo en que el bastón transmite la sensación del objeto a la mano, así la luz parte del cuerpo iluminado para llegar a los ojos; tanto el bastón como la luz constituyen entidades físicas distintas del sujeto que percibe. La racionalización generada en el terreno de la óptica por el ciego de los bastones no radica tanto en la asimilación de los rayos luminosos a líneas geométricas, sino en el traslado de esta antigua comparación al seno de la óptica moderna. Ya que su mano es comparable al ojo, el ciego experimenta fuera de su propio cuerpo lo que el vidente experimenta en el interior, y vuelve así visible lo invisible, es decir, la manera en que los objetos se imprimen en nuestros órganos sensoriales mediante los rayos luminosos.

Además, la figura del ciego de los bastones le permite a Descartes refutar las concepciones que explican la visión como el transporte de imágenes del objeto hasta el ojo, y proponer su propia teoría, según la cual la causa de la percepción son los movimientos que los objetos imprimen sobre los órganos de los sentidos.⁸ En efecto, aunque el bastón no reciba de los objetos encontrados más que distintos impulsos, el ciego no deja por ello de percibir los árboles, las piedras, el agua. Suponiendo que la percepción visual obedece a los mismos principios que la percepción del ciego de los bastones, se deduce que los movimientos producidos por los rayos luminosos bastarían para hacernos ver todas las cualidades propiamente visuales. La figura cartesiana del ciego de los bastones permite así una racionalización de la percepción, en la medida en que pone en evidencia que la causa de las sensaciones no son las imágenes parecidas a los objetos, sino los movimientos transmitidos hasta el cerebro: de esta manera, las cualidades sensibles son reconducidas a sus causas geometrizables.⁹



Figura 2

Por último, la figura del ciego de los bastones le permite a Descartes pensar cómo se elabora la percepción visual y proponer al respecto una respuesta: si no es mediante las imágenes de las cosas, ¿cómo llegamos a percibir no sólo la luz y los colores, cuya visión se explica por la simple decodificación de los movimientos cerebrales, sino también las figuras, las

dimensiones y las situaciones, cuya percepción no parece posible mediante simples impulsos cerebrales? Retendremos sobre todo su explicación de cómo se percibe la distancia de los objetos, a la que se opuso desde entonces la mayoría de los filósofos del siglo de las Luces. Según Descartes, así como un ciego, aunque ignore cuánto miden sus bastones, puede calcular la distancia a la que se encuentra un objeto, gracias a que conoce el intervalo de sus brazos (intervalo AC) y los ángulos formados entre los bastones y dicho intervalo (los ángulos EAC y ECA), así también los videntes percibimos las distancias sin conocer la longitud de los rayos luminosos, a partir de la distancia que separa los ojos entre sí y de los ángulos formados por tales rayos. Se trata de la célebre doctrina de la "geometría natural",¹⁰ basada en los principios de la trigonometría, y constituye un tercer nivel de racionalización: no sólo son geometrizable los rayos luminosos (primer nivel) e incluso las causas inmediatas de las sensaciones (segundo nivel), sino también el propio proceso perceptivo (tercer nivel). Para Descartes, ver equivale a geometrizar la luz.

La crítica empirista del ciego de los bastones

Los filósofos del siglo XVIII critican la figura cartesiana del ciego de los bastones principalmente en el sentido de que subtiende la racionalización de la percepción. Buscan demostrar que el personaje cartesiano, contrariamente a lo que pretende Descartes, no ofrece una representación adecuada de la percepción visual. Podemos distinguir dos críticas principales planteadas por los filósofos del siglo de las Luces a la figura del ciego de los bastones.

Según George Berkeley, la figura del ciego de los bastones induce una concepción errónea del proceso perceptivo porque lleva a pensar que un razonamiento geométrico condiciona la visión, cuando no es así. (Ver la figura 2.) En su *Essai d'une théorie nouvelle de la vision* [Ensayo hacia una nueva teoría de la visión] (1709), Berkeley no rechaza la existencia de los rayos luminosos, ni siquiera su carácter geometrizable, pero se niega a considerarlos como la causa de las sensaciones de la vista. Berkeley sostiene que es imposible que la visión sea efecto de un cálculo, principalmente porque no somos conscientes de semejante razonamiento, ni siquiera de los ángulos y las líneas ópticas que se trazan en nuestros ojos.¹¹ A partir del

80 rechazo a la teoría cartesiana de la geometría natural, Berkeley deriva lógicamente su negativa a considerar la figura del ciego de los bastones como un modelo de inteligibilidad de la percepción visual. Si tuviéramos conciencia de la trayectoria de los rayos luminosos, como el ciego tiene conciencia de sus bastones, la comparación sería completamente legítima, pero no es el caso:

Esta explicación [de la visión por comparación con el ciego de los bastones] no me parece verdadera en ningún sentido. Si yo percibiera estos impulsos, estas intersecciones y estas direcciones de los rayos luminosos de la manera en que se nos ha expuesto, entonces no carecería completamente de veracidad. Y entonces sí podríamos pretender la comparación con el ciego y sus bastones cruzados. Pero el caso es muy distinto. Yo sé muy bien que no percibo nada de esto.¹²

El ciego de los bastones lleva erróneamente a pensar que en la percepción interviene un razonamiento matemático y debe ser desechado por ser una figura engañosa.¹³ La crítica del ciego cartesiano permite así leer uno de los rasgos característicos del empirismo durante la primera mitad del siglo XVIII: el rechazo a condicionar la percepción a razonamientos inadvertidos.

Si bien los empiristas cuestionan la figura del ciego de los bastones por su incapacidad para explicar cómo se elabora la percepción visual, la cuestionan aún más por su incapacidad para dar cuenta de la naturaleza de esta percepción una vez elaborada. Al principio de su *Lettre sur les aveugles à l'usage de ceux qui voient* [Carta sobre los ciegos para uso de los que ven] (1749), Denis Diderot pone en el escenario a un ciego de nacimiento que "habla de espejos a cada momento".¹⁴ Cuando este personaje, el "ciego del Puiseaux", define los ojos como "un órgano sobre el cual el aire produce el efecto de mi bastón sobre mi mano"¹⁵ y el espejo como "una máquina que pone las cosas en relieve lejos de ellas mismas",¹⁶ intenta traducir lo sensible propio de un sentido, la vista, en términos de otro, el tacto, según el modelo de razonamiento puesto en práctica por Descartes en su *Dioptrique*. Pero en el texto de Diderot, lejos de fundamentar la pertinencia de semejante traducción, las definiciones que da el ciego del Puiseaux subrayan, por el contrario, la



Figura 3

brecha irreductible entre lo que afirma la óptica geométrica sobre la percepción visual y la manera en que la vista es vivida por el sujeto que percibe.¹⁷ Para Diderot, un ciego jamás tendrá las ideas de alguien que ve, y cuando habla de espejos "no enlaza alguna idea a los términos que emplea".¹⁸ Por consiguiente, es falso pretender que el ciego de los bastones permite pensar en la naturaleza de las cualidades visuales: un ciego de nacimiento que no posea más que el más elemental buen sentido no tiene absolutamente ninguna idea de lo que significa ver y darle bastones no cambiaría en nada la situación. (Ver figura 3.) De ahí la conclusión de Diderot, dirigida a la destinataria de su carta:¹⁹

Señora, abra la *Dioptrique* de Descartes y verá usted los fenómenos de la vista relacionados con el tacto y láminas de óptica colmadas de figuras de hombres ocupados en ver con bastones. Descartes y todos los que le siguieron no han podido darnos ideas más claras de la visión, y ese gran filósofo no tuvo al respecto mayor ventaja sobre nuestro ciego que el pueblo que tiene ojos.

Si el ciego ignora la naturaleza de las sensaciones visuales y se forma de ellas ideas falsas pensándolas a partir del modelo geométrico que le aportan las sensaciones táctiles, entonces Descartes, quien según Diderot siguió el mismo camino en su *Dioptrique*, puede ser calificado como "nacido ciego".²⁰ La crítica diderotiana al ciego de los bastones revela así un segundo rasgo del siglo de las Luces: la preocupación por concebir las sensaciones del alma tal y como se muestran a la mente, en su dimensión sensible irreductible a cualquier geometrización.

Así, los empiristas recusan la figura cartesiana del ciego de los bastones por dos motivos: primero, porque ofrece una representación errónea del proceso de generación de la percepción; segundo, porque induce, debido al carácter geométrico de este proceso, una concepción de lo sensible que no corresponde con la vivencia perceptiva. ¿Quiere decir esto que la figura del ciego no puede ser puesta al servicio de la filosofía empirista?

El antirracionalismo del ciego de Molyneux

En la misma época en que el ciego de los bastones recibía los embates empiristas, aparecía bajo la pluma de los atacantes otra figura: la del ciego

82 que recupera la vista. Fue William Molyneux quien volvió célebre a este personaje al preguntarle a John Locke si, a su parecer, un ciego de nacimiento que recupera la vista sería capaz de identificar visualmente un cubo y una esfera.²¹ A mi juicio, entre el ciego de los bastones y el de Molyneux no hay solamente sucesión en el tiempo, sino también sustitución crítica del segundo por el primero. Dos rasgos principales hacen del ciego de Molyneux una creación empirista que pone a prueba el racionalismo de su primo de los bastones.

Devolver la vista a un ciego de nacimiento en un experimento mental y prohibirle tocar lo que ve, como plantea Molyneux, presupone en primer lugar la falta de correspondencia inmediata entre las sensaciones visuales y las táctiles, es decir, la ausencia de sensaciones comunes entre la vista y el tacto. La suposición de Molyneux consiste, efectivamente, en producir las condiciones de una visión original depurada de una interacción con el tacto, con el fin de determinar si las ideas adquiridas de manera táctil se parecen a las adquiridas de manera visual. Por otra parte, basa en esta ausencia de similitud original la respuesta que aporta a su propio problema. Según él, el ciego de nacimiento no sería capaz de reconocer los objetos colocados delante de él,

[...] porque, aun cuando el hombre en cuestión tiene la experiencia del modo en que un globo y un cubo afectan su tacto, no ha obtenido aún, sin embargo, la experiencia de que aquello que afecta a su tacto de tal o cual modo deberá afectar a su vista de esta o aquella manera; ni de que un ángulo saliente del cubo, que causó una desigual presión en su mano, aparecerá a su vista según aparece en el cubo.²²

Esta hipótesis de una falta de correspondencia inmediata entre las sensaciones táctiles y las visuales cuestiona precisamente uno de los presupuestos del ciego cartesiano, según el cual la vista produce ideas de las figuras que son específicamente idénticas a las que los bastones transmiten al alma del ciego. Los árboles, las piedras y el agua que logra distinguir son efectivamente los mismos que son percibidos por la vista, al grado que casi se puede decir que el ciego de los bastones "ve con las manos".²³

Mientras que Molyneux introduce a su ciego como un cuestionamiento del personaje cartesiano, con Berkeley la sustitución crítica de uno por

el otro queda asumida explícitamente. Para el obispo de Cloyne, el principal defecto del ciego de los bastones radica en el hecho de que incita a considerar equivalentes dos dispositivos sensoriales que en realidad son esencialmente distintos: si bien el ciego puede calcular la posición de los objetos con la ayuda de sus bastones, no lo hace igual que el vidente, porque no puede percibir los rayos luminosos. Para no caer en los mismos errores que Descartes, hay que esforzarse por distinguir las ideas generadas en cada uno de los sentidos, visual y táctil. El ciego que recupera la vista es quien ofrece los medios para llegar a tal distinción: “Para librar nuestras mentes de cualquier tipo de prejuicio que podríamos albergar sobre esta cuestión [la confusión vista tacto], nada me parece más pertinente que considerar el caso de un ciego de nacimiento que, ya adulto, tiene acceso a la vista.”²⁴

Suponer que un ciego de nacimiento recupera la vista es hacer el experimento mental de una visión virgen de cualquier experiencia y, sobre todo, de la interacción viso-táctil que se produce inevitablemente en el transcurso de una vida común. En este sentido, el ciego de Molyneux encarna la visión en estado natural, imposible de encontrar en la realidad, porque es indecible en el niño, y en el adulto está alterado por la experiencia, como lo está la estatua del dios Glauco por la erosión y los sedimentos marinos.

La célebre pregunta planteada por Molyneux a Locke encierra además un cuestionamiento de la instantaneidad del proceso perceptivo. El filósofo inglés entendió en este sentido la pregunta de su amigo, como demuestran estas líneas:

[...] y soy de la opinión que el ciego no podría, *a primera vista*, decir con certeza cuál es el globo y cuál el cubo, mientras sólo los viera, aunque por el tacto podría nombrarlos sin equivocarse y con toda seguridad supiera distinguirlos por las diferencias de sus formas tentadas. He querido proponer esta cuestión a mi lector para que considere lo mucho que le debe *a la experiencia*, a la educación y a las nociones adquiridas, por más que crea que para nada le sirven, ni en nada le ayudan [...] ²⁵

Para Locke las percepciones visuales no representan instantáneamente el mundo en relieve, sino primero sólo en dos dimensiones y se requiere que el juicio le enseñe a la vista a percibirlo de manera distinta que

84 como un lienzo pintado. El ciego de Molyneux, al introducir la posibilidad de una brecha entre la visión de una mirada experimentada y la de una mirada virgen, permite la aparición del tema de la educación de los sentidos. Sin embargo, este tema, tal y como es introducido por Locke en su respuesta al problema de Molyneux, era tácitamente rechazado por el ciego de los bastones. Una de las funciones de la figura cartesiana era precisamente subrayar el carácter instantáneo, no solamente de la transmisión de la luz, sino también de la traducción de los movimientos en sensaciones: el ciego tiene sensaciones en cuanto mueve los bastones y percibe inmediatamente la tridimensionalidad de los objetos, es decir, la distancia que separa sus diferentes puntos del órgano de la vista y la percibe por geometría natural. Si bien la idea de educación perceptiva no resulta ajena al cartesianismo, en la medida en que, según Descartes, el juicio que acompaña la percepción está en principio inclinado al error durante la infancia, antes de estar en condiciones de ser corregido por la clarificación del entendimiento,²⁶ el autor de la *Dioptrique* nunca pretendió que la percepción como tal pudiera modificarse en el tiempo bajo la guía del juicio. Para Descartes, la percepción sensible está limitada por las leyes de la unión del alma y el cuerpo, y lo único que puede hacer el hombre es aprender a juzgar bien lo que percibe. El ciego de Molyneux invita así a cuestionar la pertinencia del ciego de los bastones y a plantear la hipótesis de una génesis en lo que hasta entonces se consideraba instantáneo.

Los empiristas de finales del siglo xvii y principios del xviii comparten con Descartes la idea de que la ceguera es indispensable para comprender una visión que, como tal, escapa a la inteligencia directa, pero se distinguen de su predecesor en cuanto a la manera de concebir la visión y el ciego en cuestión. Para Descartes, la ceguera es el *lugar* mismo donde se entiende la visión, mientras que los bastones del ciego vuelven visibles, al exteriorizarlas, todas las etapas del proceso perceptivo. Por su parte, Locke, Berkeley y Diderot, mediante el personaje del ciego que recupera la vista, se niegan a considerar la ceguera como el lugar donde se entiende la visión. El ciego no ve nada, pero precisamente por ello ilustra la teoría del conocimiento, porque la ficción de su regreso a la luz lleva a pensar en la singular extrañeza de una vista originaria, que la vista ejercitada de los videntes ha acabado por volver invisible. La ceguera, aunque ya no es el lugar de la visión, no deja de ser su mediación necesaria. Entonces, si la figura del ciego

de Molyneux difiere radicalmente de la del ciego de Descartes es porque enuncia como un truismo una verdad que en realidad hay que tomar en serio: sólo la visión, como experiencia irreductible a cualquier geometrización, puede estatuir sobre la naturaleza de la visión, aunque con la condición de emerger de las tinieblas en las que el ciego está sumergido.

Por lo tanto, queda de manifiesto que el ciego de Molyneux traduce un cuestionamiento del racionalismo representado por el ciego de los bastones. Sin embargo, no resulta por ello legítimo afirmar que el personaje introducido por el pensador irlandés es *ipso facto* una figura empirista opuesta a un ciego con bastones concebido como un dominio exclusivo de los racionalistas. El ciego de Molyneux puede concebirse como el lugar de una pregunta a la que sigue siendo posible responder en sentido racionalista, y el ciego de Descartes puede concebirse como una figura del aprendizaje perceptivo.

EL DEVENIR RACIONALISTA DEL CIEGO DE MOLYNEUX VERSUS EL DEVENIR EMPIRISTA DEL CIEGO DE LOS BASTONES

Los dos personajes que nos ocupan son movilizados por los filósofos de mediados del siglo XVIII de una manera que parece contradecir su orientación de partida: el ciego de Molyneux recibe una crítica de parte de empiristas eminentes que le niegan la capacidad que se le había atribuido hasta entonces, revelar la esencia de la visión, y queda investido de una dimensión racionalista hasta entonces no explotada. Recíprocamente y en la misma época, el ciego de los bastones vive un renacimiento en terreno empirista.

La crítica empirista al ciego de Molyneux

¿El ciego de Molyneux es realmente apto para permitirnos conocer la visión en estado natural? Mientras la célebre pregunta planteada por Molyneux seguía considerándose pertinente por unanimidad, ocurrió en 1728 un acontecimiento que contribuyó a hacerla vacilar: en esa fecha, un cirujano inglés de nombre William Cheselden le extirpó las cataratas a un ciego de nacimiento y redactó el primer informe detallado de los resultados de la operación.²⁷ En resumidas cuentas, el joven no distinguía al principio ninguna figura y debió practicar durante mucho tiempo antes de ver

86 como nosotros lo hacemos. Entonces, ¿cómo responder afirmativamente al problema de Molyneux sin ser enseguida contradicho por esta experiencia aparentemente crucial? Los filósofos preocupados por esta dificultad la resolvieron cuestionando el valor de los resultados y, por consiguiente, la pertinencia de la figura del ciego de Molyneux. Los empiristas hicieron principalmente dos críticas a la figura del ciego que recupera la vista.

El primero en hacerlo fue Etienne Bonnot de Condillac, quien cuestionó la inmediatez del funcionamiento del órgano: como cualquier instrumento, el ojo requiere la adaptación de sus mecanismos y resortes,²⁸ unos en relación con otros, y esta adaptación requiere tiempo. Por consiguiente, la visión recuperada del ciego de nacimiento, si bien está depurada de los sedimentos de la experiencia, está en cambio privada de las sensaciones que un ojo es capaz de transmitir a la mente. Es decir, no realiza la abstracción de todos los *habitus* perceptivos sino al precio de una amputación de lo sensible en sí mismo. Veamos lo que escribe el abad en su *Essai sur l'origine des connaissances humaines* [Ensayos sobre los orígenes de los conocimientos humanos] (1746) para denegar la objeción que podría constituir para él la operación de Cheselden:

Si, para obedecer la acción de la luz, las partes del ojo se modifican constantemente con tal variedad y tal vivacidad, sólo puede ser en la medida en que un largo ejercicio ha vuelto sus resortes más elásticos y flexibles. No es el caso del joven al que se le extrajeron las cataratas. Sus ojos, que habían crecido y se habían fortalecido durante catorce años sin que él los usara, se resistían a la acción de los objetos. La córnea estaba demasiado o muy poco convexa en relación a las otras partes. El cristalino inmóvil reunía siempre los rayos más allá o más acá de la retina, y si cambiaba de situación, nunca lograba colocarse en el punto donde debía de haberse encontrado. Se necesitó un ejercicio de varios días para coordinar los resortes tan anquilosados por el tiempo. Es por ello que este joven anduvo a tientas durante dos meses.²⁹

Como la puesta en marcha del mecanismo sensorial ocurre a lo largo de cierto tiempo, la figura del ciego de Molyneux no sólo no permite conocer cómo es una visión en estado natural, sino que incluso incita al error porque tiende a subestimar las capacidades de los sentidos. Fue por ello

que Voltaire creyó, a partir del informe de Cheselden, ¡que la vista no producía ninguna idea de la forma! Por consiguiente, si bien es cierto que la vista sigue una génesis y no puede ser entendida solamente a partir de las capacidades sensoriales de los videntes, también lo es que la ceguera del ciego no podrá paliar su paradójica invisibilidad. El 1746, el ciego de Molyneux también le ofreció a Condillac la oportunidad para cuestionar la pretensión de que la ceguera podía mediar la intelección de la vista.

Además, como señala Diderot, también la facultad sensorial debe ejercitarse para que se efectúe correctamente la visión: por muy idéntica que sea la imagen retiniana del ciego que recupera la vista a la imagen retiniana de un sujeto experimentado, se requiere que el ciego aprenda *a ver*, es decir, que ejercite sus facultades visuales para alcanzar una visión tan perfecta como sea posible.

Es preciso admitir, pues, que debemos de percibir en los objetos una infinidad de cosas que no perciben el niño ni el ciego, aunque se plasmen igualmente en el fondo de sus ojos; que no es suficiente que los objetos nos impacten, sino que hace falta además que estemos atentos a sus impresiones; que por consiguiente no se ve nada la primera vez que uno se sirve de sus ojos; que en los primeros instantes de la visión uno sólo es afectado por una multitud de sensaciones confusas que no se desenmarañan sino con el tiempo y por la reflexión habitual sobre lo que sucede en nosotros [...]³º

Por lo tanto, para Diderot la figura del ciego de nacimiento que recupera la vista no es más pertinente que la del ciego de los bastones como medio para pensar la visión: mientras que al ciego de Descartes le faltaba la dimensión propiamente cualitativa de las sensaciones visuales, al de Molyneux le falta la capacidad de estas sensaciones de actualizarse a lo largo de la experiencia. Diderot,³¹ en la línea de Condillac, se niega a aceptar la ceguera efímera del ciego de Molyneux como la mediación necesaria para captar lo visible.

Contra lo que se hubiese esperado, el personaje de Molyneux tiende así a ocultar dos génesis cuya importancia no habían supuesto ni Molyneux, ni Locke, ni Berkeley, pero que Condillac y Diderot, en un afán de empirismo radical, se dedican a sacar a la luz: la génesis del funcionamiento del órgano sensorial y la de la facultad sensorial.

Aunque el ciego de Molyneux fue concebido en territorio empirista, a partir de los *Nouveaux essais concernant l'entendement humain* [Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano], que Gottfried Wilhelm Leibniz redactó alrededor de 1704, dejó de pertenecer exclusivamente al empirismo, para volverse un lugar de confrontación entre las concepciones empiristas y racionalistas sobre la percepción. Sin embargo, la primera publicación en la que se opera este cambio de orientación es el *Essai d'une théorie nouvelle de la vision* [Ensayo hacia una nueva teoría de la visión] de Berkeley. Es precisamente el abad de Cloyne quien sustituye al ciego de los bastones con el ciego de Molyneux, lo hace para remplazar una figura según él incapaz de ilustrar la teoría de la visión, cambiándola por otra que sí juzga capaz de hacerlo, el ciego que recupera la vista, y a la que se pueden dar dos interpretaciones diferentes:

41– Es consecuencia de todo lo que se dijo antes, que un ciego de nacimiento que accede a la visión no tendrá al principio ninguna idea de la distancia a partir de la vista [...]

42– Es cierto lo contrario a la suposición común, según la cual los hombres juzgan la distancia por el ángulo de los ejes ópticos, así como una persona que está a oscuras o un ciego la juzgan por el ángulo formado entre dos bastones, sostenidos cada uno en una mano. Si esto fuera cierto, se seguiría que un ciego de nacimiento que recupera la vista no requeriría ninguna experiencia nueva para percibir la distancia a través de la vista. Pero creo que ya demostramos suficientemente que esto es falso.³²

Es decir, según Berkeley, puede haber dos tipos de respuesta al problema de Molyneux: una positiva basada en la óptica geométrica y una negativa que se apoya en la heterogeneidad de las sensaciones visuales y táctiles, heterogeneidad que el ciego de Molyneux debería permitirnos captar.

Berkeley confirma así, sin saberlo, lo que ya había planteado la pluma de Leibniz, quien en sus *Nouveaux essais...* se distingue de Locke y responde afirmativamente al problema de Molyneux. No forma parte de mi objetivo aquí tratar en detalle semejante respuesta, señalaré simplemente que se basa en la distinción radical, formulada por Leibniz, entre las ideas geomé-

tricas, que son comunes a la vista y al tacto, y las sensaciones, que no lo son. También Leibniz dio vida a un "ciego de Molyneux racionalista". De ahí la tesis muy generalizada según la cual las respuestas positivas al problema de Molyneux reflejan una concepción racionalista del conocimiento y las respuestas negativas, una concepción empirista.³⁴

A la par de este devenir racionalista del ciego de Molyneux, se produce durante el siglo XVIII un devenir empirista del ciego de los bastones. Quiero insistir en particular sobre esto.

Nacimiento de un ciego con bastones de corte empirista

En su *Traité des sensations* [Tratado de las sensaciones] de 1754, Condillac introduce la figura del ciego de los bastones de una manera que puede resultar sorprendente: "La manera en que las manos juzgan un objeto por medio de un bastón, o dos o más, se parece tanto a la manera en que lo juzgan los ojos por medio de los rayos, que a partir de Descartes se suele explicar cualquiera de estos problemas a través del otro."³⁵

¿Acaso un filósofo empirista aceptaría la función que Descartes atribuía a su ciego de los bastones, la de ofrecer a la percepción visual un modelo de inteligibilidad basado en la geometrización de lo inaparente? El abad considera, efectivamente, al ciego de los bastones como una representación adecuada de la elaboración de la visión, pero con la condición de una doble enmienda a la figura cartesiana. Por un lado, el ciego de los bastones es comparable al que ve por primera vez *cuando ignora el manejo de los bastones*, no cuando ya lo hace de manera experta, como pretende Descartes. Por otro lado, el ciego de los bastones es comparable al vidente en la medida en que ambos hombres deben *usar sus manos para percibir*, y no sólo el ciego, como planteaba la *Dioptrique* de 1637.

Según Descartes, el ciego constituye un modelo de inteligibilidad para la visión con la condición de manejar perfectamente sus bastones:

Es cierto que este tipo de sensación [la que se transmite por mediación del bastón] es un poco confusa y oscura para aquellos que no la han acostumbrado durante un periodo largo, pero consideren a quienes, habiendo nacido ciegos, se han servido de un bastón toda su vida, y encontrarán que la sensación es tan perfecta y tan exacta, que se podría casi decir que ven con las

manos, o que su bastón es el órgano de un sexto sentido, concedido por la falta de la vista.³⁶

Descartes subraya que el manejo de los bastones requiere un ejercicio prolongado para que el ciego pueda identificar los objetos que siente. En cambio, el ciego cartesiano puede seguir ignorando la longitud de sus bastones. Esta ignorancia es incluso un requisito para la comparación de la vista con el tacto, porque Descartes sabe perfectamente que la longitud de los rayos luminosos es ignorada por los que ven. Pero aparte de esto, si el ciego cartesiano es comparable con el que ve, incluido el que ve por primera vez, es con la condición de ser experto en el manejo de los bastones.

Condillac cuestiona precisamente este punto en su *Traité des Sensations*, por el motivo de que la vista, según él, debe educarse: Descartes cometió un error al optar por un ciego ya experimentado en el uso de los bastones porque semejante elección lo llevó a tomar como natural una percepción visual ya trabajada por la experiencia de la vista, y de ahí a subestimar el hecho de que percibir requiere en realidad un aprendizaje. Reconstruyamos la génesis del manejo de los bastones en quien no ve, para entender en qué consiste este aprendizaje de la visión. Al principio, un ciego que toca un objeto con un bastón no siente el objeto, sino sólo el bastón en su mano: “La primera vez que la estatua toma el bastón, no tiene conocimiento más que de la parte que sostiene: es ahí donde percibe todas las sensaciones que imprime sobre ella”.³⁷

Igualmente, continúa el abad, la estatua que abre los ojos por primera vez no siente los objetos que se encuentran en el extremo de los rayos luminosos que la tocan, sino únicamente el término de estos rayos sobre su retina. Ignora no sólo la longitud de los rayos, sino incluso su existencia misma, de modo que no percibe ni la distancia ni el tamaño ni la forma de los objetos, sino sólo una sensación indeterminada, ubicada en el fondo de sus ojos.³⁸

Por consiguiente, lejos de justificar, como con Descartes, una teoría que concibe la percepción visual como el efecto inmediato de una decodificación efectuada por la naturaleza, la figura del ciego de los bastones, bien entendida, se vuelve un argumento a favor de una concepción genética de la percepción. El ciego de nacimiento que comienza a manejar sus bastones es comparable con el que abre los ojos por primera vez, así como

el ciego experto en el manejo de los bastones es comparable con el vidente experimentado, único punto en el que no se equivocó Descartes. Pero, ¿podemos llevar más lejos la comparación? ¿La estatua aprende a ver mediante la manipulación de los rayos luminosos, así como el ciego lo hace manipulando sus bastones? Tal es la tesis inaudita que sostiene Condillac en su *Traité*. Señalemos brevemente sus principales rasgos.

El ciego de los bastones aprende a percibir, según el abad, haciéndose una especie de geometría empírica, a tuestas, sin tener ningún conocimiento de los teoremas de esta ciencia:

Para determinar el intervalo que dejan entre sí las extremidades de dos bastones que se cruzan, al geómetra le basta con determinar la amplitud de los ángulos y la longitud de los costados. La estatua no puede seguir un método que requiera tanta precisión. Pero [...] podemos imaginar cómo, a fuerza de tocar, se formará una especie de geometría y calculará el tamaño de los cuerpos con la ayuda de dos bastones.³⁹

Así, Descartes tuvo razón en decir que la geometría interviene en la percepción, pero creyó erróneamente que una geometría natural era lo que la volvía posible. En realidad, las operaciones geométricas no preceden a la sensación, sino que el sujeto que percibe, a partir de sus sensaciones, comprueba ciertas relaciones en la experiencia, razona a partir de ellas y elabora así sus percepciones. El que ve, por su parte –y aquí radica una posible limitación a la comparación de Condillac–, no es capaz de aprender esta geometría empírica a partir de un solo sentido, en este caso la vista, porque no siente los rayos luminosos: es el tacto, y más precisamente la mano, lo que le enseña a la vista a ya no sentir el extremo de los rayos luminosos, sino los objetos mismos, alejados. Es decir, así como el ciego debe manejar bien sus bastones, el que ve debe manejar los rayos luminosos, detenerlos con la mano para hacer retroceder los colores y colocarlos sobre los objetos, pero también separarlos unos de otros y finalmente, medir sus longitudes, recurriendo no a cálculos trigonométricos, sino a las medidas empíricas que le permiten las partes de su cuerpo.

Así, Condillac se reapropia de la figura cartesiana del ciego de los bastones porque le permite sacar a la luz la dimensión genética de la percep-

92 ción. Bajo la pluma del abad, la figura del ciego de los bastones devela su faceta empirista.

CONCLUSIÓN

Ésta sería, a grandes rasgos, la historia de las relaciones entre el ciego de los bastones de Descartes y el ciego de Molyneux entre 1637 y 1754. Con el ciego de Molyneux, la filosofía empirista busca poner a prueba al ciego de los bastones por el racionalismo del que es portador. Pero más adelante, en 1709 para ser exactos, con la *Essai d'une théorie nouvelle de la vision* [Ensayo hacia una nueva teoría de la visión] de Berkeley, el ciego de Molyneux se vuelve explícitamente un lugar de confrontación entre el empirismo y el racionalismo, como lo muestran ya los *Nouveaux Essais* de Leibniz. Y a mediados del siglo, el interés propiamente empirista del ciego de Molyneux vacila por un momento,⁴⁰ porque en 1746 y 1749 los empiristas Condillac y Diderot lo juzgan incapaz de interpretar el papel que le había sido asignado. Y en 1754 reaparece el ciego de los bastones, pero esta vez en territorio empirista, bajo la pluma de Condillac. Se revela así la plasticidad de estos dos personajes y resulta vano considerarlos como marcadores de la orientación filosófica de cada doctrina: existe una manera empirista de movilizar al ciego de los bastones, como existe una manera racionalista de entender al ciego de Molyneux.

Pero a la inversa, estas dos figuras permiten una comparación más fina de lo que separa el empirismo del racionalismo en cuanto a la percepción. Estas dos posturas teóricas no se distinguen por el hecho de que una, llamada "racionalista", condiciona la percepción a operaciones geométricas, puesto que la otra, llamada "empirista", también puede hacerlo.⁴¹ Tampoco se distinguen por el hecho de que la segunda introduce la duración en la actividad perceptiva, puesto que la primera concibe un progreso del juicio perceptivo.⁴² El empirismo se distingue del racionalismo por la manera en que concibe el papel de la geometría en la percepción y la naturaleza del aprendizaje perceptivo: mientras que los racionalistas hacen de la geometría la causa no manifiesta de la percepción, los empiristas la conciben como una herramienta que el hombre moviliza conscientemente para percibir (mejor); mientras que los primeros entienden como "educación perceptiva" sólo el progreso del juicio sobre la percepción, los segundos la en-

tienden como una génesis de la percepción misma. Dicho brevemente, para el empirismo del siglo de las Luces la cuestión era elaborar teorías que, de una manera u otra, hicieran del hombre el verdadero *sujeto* de sus percepciones sensoriales,⁴³ como lo era ya, desde el *cogito*, de sus pensamientos más "metafísicos".

NOTAS

¹ Cfr. Francine Markovits, "Una figura paradójica del siglo de las Luces: el ciego", publicado en este número de *Diecisiete*, pp. 45 a 67

² René Descartes no fue el primer filósofo en recurrir a la figura del ciego –en este sentido, Sexto Empírico y Montaigne fueron sus precursores–, pero sí inauguró, a nuestro parecer, la paradoja que mencionamos aquí.

³ Cfr. Kate Tunstall, "Préhistoire d'un emblème des Lumières: l'aveugle-né de Montaigne à Diderot", en *Les Lumières en mouvement. Héritages et transferts*, I. Moreau (dir.), Lyon, ENS, 2009.

⁴ Cfr. François de la Mothe Le Vayer, "D'un aveugle-né", en *Œuvres*, nueva edición, revisada y aumentada, en 7 tomos, Dresde, M. Groell, 1756, t. 6, segunda parte, pp. 123–139, donde el autor aclara que el ciego a quien él visita no discierne ninguna de las cualidades propiamente visuales.

⁵ A saber, un racionalismo definido por el innatismo de las ideas y un empirismo caracterizado, en cambio, por un reduccionismo que remite todas las ideas a lo sensorial. Las discusiones en torno al personaje del ciego, cuyas grandes etapas intentaremos describir aquí, revelan que no son estas cuestiones las que generan la controversia.

⁶ Cfr. René Descartes, *Dioptrique*, en *Œuvres*, establecidas por Adam y Tannery en 11 tomos, París, 1897–1909, reeditadas por el CNRS y Vrin, 1964–1974; 1996, t. VI, discurso primero, pp. 83–84 (en adelante abreviadas A. T., con el tomo en números romanos y las páginas en arábigos): "Sin duda les ha ocurrido alguna vez, al caminar de noche sin antorcha por lugares un poco difíciles, que hayan tenido que ayudarse de un bastón para conducirse, y que hayan podido observar que sentían, por el intermedio del dicho bastón, los distintos objetos que encontraban a su alrededor, y que incluso hayan podido distinguir si había árboles, o piedras, o arena, o agua, o pasto, o fango, o cualquier otra cosa semejante [...] Y para derivar una comparación de esto, quiero que piensen que la luz, en los cuerpos que llamamos luminosos, no es otra cosa que cierto movimiento, o una acción bastante rápida y bastante viva que pasa hacia nuestros ojos por la mediación del aire y de otros cuerpos transparentes, de la misma manera en que el movimiento o la resistencia de los cuerpos que encuentra este ciego pasa hacia su mano por la mediación de sus bastones". Se observa aquí que los rayos luminosos no se comparan desde el

inicio con los bastones del ciego: es más bien el aire lo que Descartes concibe como equivalente del bastón, mientras que asocia la luz con los movimientos que imprimen sobre el bastón los objetos encontrados por el ciego. Una modificación del sistema de equivalencias permitió a Descartes asimilar, en un segundo momento, los rayos luminosos a líneas rectas: el bastón deja de representar el aire para representar la luz propiamente dicha, que a partir de entonces puede concebirse al modo del bastón, es decir, como línea recta. De todas maneras, a Descartes no le importaba demasiado que la luz fuera el movimiento transmitido a la línea recta o la línea recta en sí, porque su objetivo no era revelar la naturaleza de la luz, sino volver inteligibles sus manifestaciones para los videntes.

⁷ Cfr. Véronique Le Ru, "La Lettre sur les aveugles et le bâton de la raison", en *Recherches sur Diderot et l'Encyclopédie*, núm. 28, abril de 2000, pp. 25–37.

⁸ Cfr. René Descartes, *op. cit.*, p. 84–85: "Tampoco encontrarán extraño que por su mediación [de la luz] podamos ver todo tipo de colores, e incluso creerán, quizás, que estos colores, en los cuerpos que llamamos coloreados, no son sino las distintas maneras en que estos cuerpos reciben y la reenvían contra nuestros ojos. Consideren que las diferencias que un ciego encuentra entre los árboles, las piedras, el agua y cosas semejantes, por mediación de su bastón, no le parecen menores que las que nosotros encontramos entre el rojo, el amarillo, el verde y todos los demás colores, y que estas diferencias, en todos estos cuerpos, no son sino las distintas maneras de poner en movimiento o de resistirse a los movimientos de este bastón. A partir de esto, tendrán oportunidad de juzgar que no es necesario suponer que alguna cosa material pase de los objetos hasta nuestros ojos para que logremos ver los colores y la luz, ni tampoco que hay en dichos objetos algo que sea semejante a las ideas o sentimientos que acerca de ellos albergamos. Del mismo modo, no sale nada de los cuerpos que tienta el ciego, nada que pase a lo largo de su bastón hasta su mano, y la resistencia o el movimiento de estos cuerpos, que es la única causa de los sentimientos que sobre ellos tiene el ciego, no tienen nada de parecido con las ideas que sobre ellos concibe".

⁹ A partir de esta reconducción de las cualidades sensibles a sus causas geometrizables, Descartes deriva una consecuencia capital para su teoría del conocimiento: si las cualidades sensibles son provocadas por los movimientos, entonces las sensaciones no se parecen a los objetos de los que provienen.

¹⁰ Cfr. René Descartes, *op. cit.*, discurso sexto, p. 137: "Conocemos, en segundo lugar, la distancia por la relación que tienen los dos ojos entre sí. Así como nuestro ciego, que sosteniendo los dos bastones *ae* y *ce*, cuya longitud ignora, supongo, y, conociendo únicamente el intervalo que hay entre sus dos manos, *a* y *c*, y la amplitud de los ángulos *ace* y *cae*, puede, como por una geometría natural, conocer dónde está el punto *E*, así también nosotros, cuando nuestros dos

ojos, *rst* y *rst*, están dirigidos hacia X, podemos saber, a partir de la longitud de la línea Ss y de la amplitud de los dos ángulos XSs y XxX, dónde está el punto X."

¹¹ Cfr. George Berkeley, *Essai pour une nouvelle théorie de la vision*, en *Œuvres*, París, PUF, 1997, t. I, § 12, p. 206: "Pero estas líneas y estos ángulos, por medio de los cuales ciertas personas pretenden explicar la percepción de la distancia, no son percibidas como tales, y la verdad es que quienes no son competentes en óptica no piensan jamás en ellos. Apelo aquí a la experiencia de cada uno, para saber si, a la vista de un objeto, calculamos su distancia a partir de la amplitud del ángulo formado por el encuentro de los dos ejes ópticos, o si alguna vez pensamos en la mayor o menor divergencia de los rayos que llegan desde un punto hasta nuestra pupila. Cada quien es el mejor juez de lo que percibe y lo que no percibe. Mientras yo mismo no sea consciente de ello, en vano me dirán que percibo ciertas líneas y ciertos ángulos que introducen en mi mente las distintas ideas de distancia".

¹² *Ibid.*, § 90, p. 248.

¹³ Por último, Berkeley denuncia la figura del ciego de los bastones por contradictoria con las propias tesis de Descartes, en el sentido de que presupone que la distancia es realmente *vista*. Efectivamente, Descartes nos dice que así como el ciego no percibe las sensaciones en las manos, sino los objetos en el extremo de sus bastones, así también nosotros vemos a distancia de nosotros mismos, no en el nivel del órgano de la vista. Ahora, el carácter únicamente bidimensional de la retina, conocido por Descartes, volvería imposible esta visión. Según Berkeley, los datos fisiológicos de la visión contradicen así la teoría cartesiana de la elaboración de la percepción. Cfr. *Essai*, § 90, p. 249: "Agréguese a esto que la explicación de la visión mediante el ejemplo de los bastones cruzados, y de la búsqueda del objeto a lo largo de los ejes de los rayos que se propagan, supone que los objetos propios de la vista son percibidos a cierta distancia de nosotros, contrariamente a lo que se ha demostrado".

¹⁴ Denis Diderot, *Lettre sur les aveugles à l'usage de ceux qui voient*, en *Œuvres philosophiques*, París, Classiques Garnier, 1998, p. 84 [*Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*, traducción y prólogo de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2005, p. 37].

¹⁵ *Ibid.*, p. 87 [*Carta sobre los ciegos*, p. 41].

¹⁶ *Ibid.*, p. 84 [*Carta sobre los ciegos*, p. 38].

¹⁷ Cfr. sobre este punto el artículo de André Charrak, "Géométrie et métaphysique dans la *Lettre sur les aveugles*", *Revue sur Diderot et l'Encyclopédie*, núm. 28, 2000, pp. 44-45: "Al esforzarse por traducir su experiencia (que en los objetos visibles sólo le permite distinguir el relieve) al léxico de otro sentido, el ciego no logra producir una definición más que a partir de una determinación puramente funcional de la vista, que le impide alcanzar la sensación propiamente".

¹⁸ *Lettre sur les aveugles*, *op. cit.*, p. 84 [*Carta sobre los ciegos*, p. 37].

¹⁹ *Ibid.*, p. 87 [*Carta sobre los ciegos*, p. 41].

96 ²⁰ *Ibid.*, p. 84 [*Carta sobre los ciegos*, p. 38].

²¹ *Cfr. The correspondence of John Locke*, E. S. De Beer (ed.), Clarendon Press, Oxford, 1976, vol. 4, carta fechada el 2 de marzo de 1693, p. 651 [carta de Molyneux reproducida en John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, traducción de Edmundo O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, Libro segundo, capítulo IX, § 8, p. 125]: "Supongamos a un hombre ciego de nacimiento, ya adulto, y que ha sido enseñado a distinguir, por el tacto, la diferencia entre un cubo y una esfera hechos del mismo metal, y aproximadamente de igual tamaño, de tal suerte que pueda, tocando a una y la otra figura, decir cuál es el cubo y cuál la esfera. Supongamos, ahora, que el cubo y la esfera están sobre una mesa y que el hombre ciego recobre su vista. [La pregunta es] si por la vista, antes de tocarlos, podría distinguir y decir cuál es el globo y cuál el cubo".

²² *Ibid.* [*Ensayo sobre el entendimiento humano*, p. 125].

²³ *Dioptrique*, *op. cit.*, discurso primero, p. 84.

²⁴ George Berkeley, *op. cit.*, § 92, p. 249.

²⁵ John Locke, *Essai philosophique concernant l'entendement humain*, París, Vrin, 1998, trad. de P. Coste, libro II, cap. IX, § 8, p. 100 [*Ensayo sobre el entendimiento humano*, *op. cit.*, p. 125]. El subrayado es nuestro.

²⁶ *Cfr.* René Descartes, *Sixièmes réponses*, A. T. IX-1, p. 237: "De ahí queda de manifiesto que cuando decimos que la certeza del entendimiento es más grande que la de los sentidos, nuestras palabras sólo significan que los juicios que hacemos a una edad más avanzada, debido a algunas nuevas observaciones, son más ciertos que aquellos que hemos formado desde la infancia, sin haberlos reflexionado; esto no puede ponerse en duda, porque consta que no se trata aquí ni del primero ni del segundo grado de sentimiento, considerando que no puede haber en ellos ninguna falsedad".

²⁷ *Cfr.* W. Cheselden, "An account of some Observations Made by a Young Gentleman, who was born Blind, or Lost his Sight so Early, that he had No Remembrance of Ever Having Seen, and was Couch'd between 13 and 14 years of Age", *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, 1735, núm. 402, 1735, pp. 447-450.

²⁸ A partir de los trabajos de Kepler y su famosa comparación del ojo con una cámara oscura, el órgano de la vista se volvió comparable con cualquier instrumento óptico.

²⁹ E. B. de Condillac, *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, París, Alive, 1998, primera parte, sección sexta, § 16, p. 156-157.

³⁰ D. Diderot, *Lettre sur les aveugles*, *op. cit.*, p. 135 [*Carta sobre los ciegos*, *op. cit.*, pp. 108-109].

³¹ En realidad, Diderot retoma aquí una tesis ya presentada en el *Essai* de Condillac. Además, el autor de la *Lettre* no se detiene ahí, sino que introduce otras figuras inéditas: el ciego "con buen sentido" ya mencionado (el ciego del Puiseaux) y el ciego geómetra (Saunderson), presentados

como sustitutos críticos del personaje de Molyneux. Convendría estudiar cómo estas nuevas figuras permiten pensar en los vínculos inéditos entre ceguera y visión.

³² George Berkeley, *op. cit.*, p. 221.

³³ Los *Nouveaux Essais concernant l'entendement humain* no se publicaron sino hasta 1765.

³⁴ En nuestra época, la tesis según la cual el problema de Molyneux concierne la oposición entre racionalismo y empirismo la defienden sobre todo J. W. Davis (*Cfr.* "The Molyneux Problem", *Journal of the History of Ideas*, núm. 21, 1960, pp. 392–408) y M. Radeau (*Cfr.* "Du ventriloque à l'embryon: une réponse à Molyneux", en *Perception et intermodalité, Approches actuelles de la question de Molyneux*, J. Proust (dir.), París, PUF, 1997).

³⁵ Etienne Bonnot de Condillac, *Traité des sensations*, París, Fayard, 1984, segunda parte, cap. 9, p. 137.

³⁶ René Descartes, *op. cit.*, discurso primero, p. 84.

³⁷ Etienne Bonnot de Condillac, *Traité des sensations, op. cit.*, p. 137–138.

³⁸ *Ibid.*, tercera parte, cap. 3, p. 167: "Hemos visto que al estar limitada al tacto, no podía juzgar los tamaños, las situaciones y las distancias mediante los dos bastones, de los que desconocía la longitud y la dirección. Los rayos son a sus ojos lo que los bastones son a sus manos, y el ojo puede considerarse como un órgano que tiene de alguna manera infinidad de manos, para sujetar una infinidad de bastones. Si fuera capaz de conocer por sí mismo la longitud y dirección de los rayos, el ojo podría, como la mano, percibir en un extremo lo que siente en el otro, y calcular los tamaños, las distancias y las situaciones. Pero el sentimiento que le experimenta no sólo no le revela la longitud y dirección de los rayos, sino que ni siquiera le revela su existencia. El ojo no siente la impresión de los rayos de la forma en que la mano siente la del primer bastón que toma por uno de sus extremos".

³⁹ *Ibid.*, segunda parte, cap. 9, p. 139.

⁴⁰ En 1754, en su *Traité des sensations*, al tiempo que se reapropia del famoso ciego de los bastones de Descartes, Condillac reconoce finalmente que la ceguera efímera del personaje de Molyneux constituye una mediación satisfactoria para entender la vista.

⁴¹ Además de la concepción de Condillac en su *Traité des sensations*, de la que ya dije aquí algunas palabras, sería posible analizar en la misma óptica la manera en que Diderot, en su *Carta sobre los ciegos*, condiciona el aprendizaje perceptivo a una geometría empírica.

⁴² Ver sobre este punto André Chartrak, (*op. cit.*, p. 48), quien señala que ya Malebranche hace suya la idea que será explotada por los empiristas, según la cual "una experiencia sedimentada condiciona la captación de los objetos exteriores", y cita el siguiente pasaje de *La recherche de la vérité* (libro I, cap. IX, en *Œuvres*, G. Rodis-Lewis éd., París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1979, t. I, p. 83): "[...] como sé, o he visto muchas veces, que una casa es más grande que un hombre,

98 aunque la imagen de una casa [sobre la retina] sea más grande que la de un hombre, *no por ello la juzgo o la veo más cercana*" (el subrayado es nuestro).

⁴³ Como lo ha subrayado Francine Markovits, tal historicidad de lo sensible no debe disimular sus implicaciones de orden moral y político. *Cfr.* F. Markovits, "Mériam, Diderot et l'aveugle", en J.-B. Mérian, *Sur le Problème de Molyneux*, postfacio de F. Markovits, París, Flammarion, 1984, p. 198: "Esta filosofía experimental se opone precisamente a un cientificismo de Estado. Poner el acento sobre la estructura semántica e histórica de lo sensible y del sujeto es también recusar, en el orden de los saberes, una determinación en última instancia".

BIBLIOGRAFÍA

Berkeley, George, *Essai pour une nouvelle théorie de la Vision*, en *Œuvres*, 4 vols. trad. y ed. bajo la dirección de G. Brykman París, P.U.F, 1997.

Charrak, André, "Géométrie et métaphysique dans la *Lettre sur les aveugles*", en *Revue sur Diderot et l'Encyclopédie*, num. 28, 2000.

Cheselden, William, "An account of some Observations Made by a Young Gentleman, who was born Blind, or Lost his Sight so Early, that he had No Remembrance of Ever Having Seen, and was Couch'd between 13 and 14 years of Age", en *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, num. 402, 1735, pp. 447-450.

Condillac, Etienne Bonnot de, *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, París, Alive, 1998.

——— *Traité des sensations*, París, Fayard, 1984.

Davis, J.W., "The Molyneux Problem", en *Journal of the History of Ideas*, núm. 21, 1960, pp. 392-408.

Descartes, René, *Dioptrique*, en *Œuvres*, establecidas por Adam y Tannery en 11 tomos, París, 1897-1909, reeditadas por el CNRS y Vrin, 1964-1974.

——— *Méditations métaphysiques*, en *Œuvres*, establecidas por Adam y Tannery en 11 tomos, París, 1897-1909, reeditadas por el CNRS y Vrin, 1964-1974.

Diderot, Denis, *Lettre sur les aveugles à l'usage de ceux qui voient*, en *Œuvres philosophiques*, P. Vernière (ed.), París, Classiques Garnier, 1998.

La Mothe Le Vayer, François de, "D'un aveugle-né", en *Œuvres*, nueva edición, revisada y aumentada, en 7 tomos, Dresde, 1756.

Leibniz, Gottfried Wilhelm, *Nouveaux essais sur l'entendement humain*, París, G-F, 1990.

Le Ru, Véronique, "La Lettre sur les aveugles et le bâton de la raison", en *Recherches sur Diderot et l'Encyclopédie*, numéro 28, avril de 2000.

99

Locke, John, *Essai philosophique concernant l'entendement humain*, trad. de P. Coste., Paris, Vrin, 1998.

Malebranche, Nicolas, *La Recherche de la vérité*, en *Œuvres*, G. Rodis-Lewis (ed.), Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1979.

Markovits, Francine, "Mérian, Diderot et l'aveugle", en J.-B. Mérian, *Sur le Problème de Molyneux*, postfacio de F. Markovits, Paris, Flammarion, 1984.

Molyneux, William, lettre à John Locke du 2 mars 1693, *The correspondence of John Locke*, E.S. De Beer (ed.), Clarendon Press, Oxford, 1976, vol.4, p. 651.

Radeau, Monique, "Du ventriloque à l'embryon une réponse à Molyneux", en *Perception et intermodalité, Approches actuelles de la question de Molyneux*, J. Proust (dir.), Paris, PUF, 1997.

Tunstall, Kate, "Préhistoire d'un emblème des Lumières: l'aveugle-né de Montaigne à Diderot", en *Les Lumières en mouvement. Héritages et transferts*, I. Moreau (dir.), Lyon, ENS, 2009.

